

En la Córdoba de los omeyas, con Antonio Muñoz Molina

I

Muñoz Molina ha sido en mi caso un descubrimiento tardío y reciente. Ese nombre empezó a tener consistencia y relieve a raíz de la concesión del premio Planeta por su novela *El jinete polaco*. Pero el galardón en sí —uno entre los muchos que hoy se conceden— no fue motivo suficiente para desviar mi atención de los quehaceres de investigación que a uno tanto le obcecaban. Ahora que escribo estas líneas y raspo en mi frágil memoria sólo encuentro datos relativos a su perfil generacional y humano como primeros desencadenantes de mi interés por el personaje. Fue en el *ABC literario* donde leí un fragmento de su narrativa premiada. Como botón de muestra no estaba nada mal, pero tampoco dejaba de ser un dato más entre la abundante producción novelística que hoy ve la luz y en todo caso un dato insuficiente. Si yo me decidí a leer aquel pasaje de la novela fue porque ésta era presentada como la obra de un escritor realmente joven. Por ello, en mi retentiva sólo perdura la cálida escena de unos chavales de pueblo compartiendo sus ensoñaciones en el bar, salida de una pluma que parecía de mi generación. Con posterioridad cayó en mis manos una columna de Gabriel Albiac en el diario *El Mundo* que colocó a Muñoz Molina definitivamente en el campo de mi atención. Una vez más fue la semblanza del hombre, junto a la del artista, la señal que yo captaba con más intensidad. Debe ser que para algunos de nosotros todavía hay un tipo de evocación admirativa que consigue traspasarnos: como la que hiciera J.P. Vernant de Louis Gernet en el prefacio a la *Anthropologie de la Grèce antique*, la de Albiac venía a realzar en la misma persona la categoría humana y la excelencia intelectual. Era pues esa palabra justa que, al

percutir en la fibra de la sensibilidad, arrancaba una nota de interés y hasta de ansiedad.

No fue pues el azar lo que me llevó pocos días después a una librería y me puso en las manos las obras del autor. En realidad, era *Beltenebros*, y no *El jinete polaco*, aún por aparecer, la novela de la que yo poseía en aquel momento una referencia crítica atrayente; de ella tenía clavado en la memoria el comentario de Albiac aparecido en el periódico: «La contención narrativa, el estilo impecable, y una estética rigurosa que es por ello mismo una ética intransigente». Recuerdo muy bien que me quedé absorto al mirar la solapa del volumen. Bajo la fotografía de un rostro realmente joven, de pelo negro y cejas pobladas, que podía ser el de un compañero asequible de colegio mayor o de aula de clase en un primer ciclo de comunes, unas breves pinceladas biográficas me proporcionaron la filiación crucial: ubetense, residente en Granada desde 1974, cursos de periodismo en Madrid, licenciado en Historia del Arte y —esto constituía el dato definitivo— nacido en 1956. Treinta y cinco años, así pues, y cuatro novelas premiadas con los máximos galardones literarios a nivel nacional: *Beatus Ille*, *El invierno en Lisboa*, *Beltenebros*, y ahora *El jinete polaco* —un historial que, a más de otorgarle un puesto por derecho propio en la narrativa española contemporánea, lo convertía a mis ojos en el máximo creador de una generación de la que siempre me ha costado reconocer sus señas de identidad—. Reconocer, reconocerse y conocerse: aun a sabiendas de la universalidad inscrita en el lenguaje del artista, aquel trinomio podía muy bien ser la incitación más poderosa para una lectura en clave generacional.

Apenas empezaba a embeberme en estas meditaciones, pugnando por meter aquel palmarés literario en el disco duro de mi cerebro, cuando el dependiente que me atendía sacó de la estantería una de las últimas creaciones de Muñoz Molina, como si se tratase de una simple curiosidad añadida: *Córdoba de los Omeyas*. Un libro que formaba parte de una colección sobre ciudades del mundo encargadas a escritores de relieve, y que ya en 1991 había alcanzado la 3.^a edición. Eché inmediatamente un vistazo al índice: I. Introducción a Córdoba, II. Hombres venidos de la tierra o del cielo, III. El príncipe fugitivo, IV. La ciudad laberinto, V. El músico de Bagdad y el teólogo furioso, VI. El bosque de los símbolos, VII. El médico del califa. VIII. Los libros y los días, IX. El tirano benévolo. X. La ciudad arrasada. Una bibliografía rigurosa y científica, más un índice de nombres y obras, cerraban la obra.

Me sorprendió y me encadenó al autor de una manera que ahora me hace sonreír. Un novelista que no escribía una novela histórica, un escritor que optaba por el género de la divulgación histórica sin ser especialista, un narrador que parecía renunciar al ejercicio libre de la fantasía para construir con los materiales historiográficos y documentales que otros le proporcionaban. Antes de pagar e irme, aún encontré un instante para robar al libro su primer secreto, el *tempo* en que iba a estar escrito: «La escritura de un libro siempre es el fruto y el testimonio de una posesión. Se escribe, cuando se escribe de verdad, para librarse de una materia al mismo tiempo

explícita y oscura que empezó a poseernos mucho antes de que reparásemos en ella, pero el mismo acto de escribir —del que esperamos, si no la libertad, sí al menos el alivio del punto final— agrava intensamente la posesión al ahondar en sus motivos y nos sumerge en un estado tóxico, de hipnosis y vigilia perpetua, de un gozo gradualmente ensimismado cuyos límites se aproximan a un sentimiento de dolor»¹.

II

Córdoba de los omeyas: ¿cómo se puede describir una civilización que ya ha muerto y cuyo recuerdo pervive tan sólo en el murmullo de sus aguas enhebradas en un sueño de surtidores y de acequias, en la textura descolorida y marchita de sus monumentos, en la tradición incierta de su poesía y de sus crónicas? Confiesa Alberto Moravia en *Mi Vida* que de su primer viaje a España le había impresionado, por encima de todo, Córdoba y el puente sobre el Guadalquivir: «Una impresión de decadencia grandiosa y de inmovilidad social»². Muñoz Molina ha ido a la antigua ciudad califal a poseerla y a poseerse de ella, antes de someterse a la disciplina de las fuentes y la bibliografía. El suyo no ha sido un viaje de turista y en rebaño, sino de escritor recogido y citado a solas con la ciudad: «Sin que hubiera escrito ni calculado una sola palabra, yo veía mi libro en las calles de Córdoba, y por eso, algunas veces, las recorría como quien está leyendo y se muere de impaciencia por averiguar lo que ocurre en la próxima página. Me gustaba perderme en los callejones y entrar en todos los soportales, en las honduras lóbregas de todas las iglesias vacías, y cuando estaban clausuradas las puertas miraba un patio prohibido a través de una cerradura o de una rendija entre dos tablas...».

Nuestro guía ha consumido sus días en Córdoba leyendo dos textos sabiamente escogidos: *La busca de Averroes*, de Borges, y *Calle de dirección única*, de Walter Benjamin. La mezquita, el antiguo alminar convertido en campanario de la catedral, la plaza de la Corredera, la judería, el viejo puente romano, el cementerio de la Saqunda y otros lugares, han sido jalones de un itinerario nunca fijado de antemano. El escritor ha debido hacerse zahorí para descubrir con desaliento palabras y signos de un idioma desconocido, de una alteridad indescifrable: él mismo ya sabe de otros desencuentros anteriores, pues nos advierte que en el manuscrito de la *Poética* de Aristóteles Averroes encontró dos palabras que no supo traducir: tragedia y comedia. Yo le aseguré que el filósofo cordobés no sería el último que experimentase cierta desazón ante el teatro de los antiguos griegos: un helenista, éste occidental, de la talla filológica de John Jones encontraba a la tragedia «desesperadamente ajena»³. Lo quiera o no, un andaluz cultivado —o lo que es lo mismo, occidental— está tan lejos de sus antepasados raciales como Jones de sus griegos. No nos ha de extrañar, por tanto, que en esta introducción de antología se haga recurrente un pensamiento que en alguno de nosotros removerá más de un desasosiego: «¿No es la Historia una rama de

¹ Córdoba de los Omeyas, Editorial Planeta, 3.^a ed., Barcelona 1991, pág. 13.

² *Mi Vida*, en conversación con Alain Elkann, Espasa, Madrid 1991, pág. 216.

³ On Aristotle and Greek Tragedy, Chatto and Windus, London 1962, pág. 17, 28: «desperately foreign», «profoundly alien».